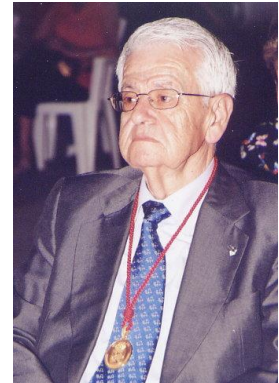


“Las Marías”: evolución de la fiesta

Por Pedro González-Sosa



Los mayordomos que forman la comisión organizadora en septiembre de cada año de la votiva fiesta guiense de “Las Marías” nos pide que rememore y entresaque de los viejos papeles el origen de esta celebración, pero los intentos desde hace muchos años han sido vanos por lo que me adelanto a advertirles, para tranquilidad de ustedes, que la intervención será breve porque poco nuevo hay que añadir a lo que ustedes y nosotros conocemos. Nada hay escrito, respecto a Las Marías en el archivo parroquial donde se supone debería existir alguna constancia por ser una fiesta eminentemente religiosa y votiva, y solo algunas referencias en el archivo municipal referidas a asuntos meramente administrativos muchos años después de la implantación de la fiesta. Lo que conocemos ha sido gracias a la sucesiva transmisión oral de una tradición que, eso sí, hace años que estamos insistiendo de forma personal que arranca desde los primeros años del siglo XIX. Un año más, pues, el domingo próximo celebraremos esta fiesta que nació de una promesa popular espontánea, no a mediados de 1700 como se ha oído o escrito, sino en la siguiente centuria.

En el archivo parroquial, escudriñado hasta extremos insospechados no se ha encontrado hasta ahora noticia alguna respecto no solo al origen sino a la celebración de esta fiesta, que, (permítanme que exteriorice mis sentimientos), en la actualidad se nos presenta un poco adulterada, acaso sea por imposición de los tiempos modernos copiando otras manifestaciones análogas. La fiesta de Las Marías desde sus inicios se caracterizó por lo espontáneo y lo extremadamente sencillo y de esta forma la vivimos desde que éramos niños y así también la recuerdan y evocan personas mucha más edad, casi rayando los cien años. La celebración consistía antaño simplemente en la bajada de la rama el sábado, víspera de la celebración mayor, que se depositaba en la explanada del hospital hasta donde llegaban los vecinos de las medianías con sus ramas de árboles y arbustos algunos artísticamente decorados con frutos cultivados en sus tierras para retornar anocheciendo a sus lugares de origen. Al día siguiente, el domingo, desde el Hospital se bajaba la rama bailando al son del tambor que tocaba de forma ininterrumpida Miguel “el gitano” hasta llegar a la plaza donde esperaba la Virgen a la puerta de la iglesia. Después se celebraba la misa y finalmente, la procesión con el trono siempre rodeado de fervientes devotos portando las ramas. Nada más. Así de sencilla nació la fiesta y así se protagonizó durante muchas decenas de años hasta que la modernidad impuso la novedosa ofrenda al estilo de otras ofrendas, los ventorrillos y todo lo demás que ustedes conocen y no vamos a repetir. Comprendo que estas consideraciones no agradarán a quienes de forma entusiasmada

organizan unos actos con el deseo de darle mayor esplendor a la fiesta, pero que se aparta de lo que originariamente implantaron nuestros antecesores.

Hechas las anteriores consideraciones nos centraremos en repetir lo que todos conocemos. El relato, transmitido por tradición oral, es, repito, muy sencillo y lo conocen ustedes porque ha venido transmitiéndose sucesivamente de padres a hijos. Hubo una plaga tremenda de langosta, o de cigarrón africano. Conocemos muchas plagas que se registraron en Gran Canaria: las primeras en el siglo XVI localizadas en 1587 y 1589. En el XIII hubo otra muy virulenta en 1780 a la que se le ha querido alguna vez atribuir, sin fundamento ni oral ni documental alguno, el nacimiento de Las Marías. Finalmente en el XIX conocemos la producida entre 1811 y 1812 que, de acuerdo con algún testimonio documental que comentaremos debió ser tan virulenta que amenazaba arrasar las cosechas en una isla en la que se dependía de una agricultura rudimentaria que mal daba para vivir, porque la tierra daba sus frutos y las gentes se sustentaban gracias a lo que ella producía.

En medio de aquella plaga tremenda, la desesperación de nuestros convecinos de las medianías los llevó a pedir el milagro de forma que, espontáneamente, fueron bajando para reunirse en el Lomo de Vergara, (topónimo nacido, seguramente, de Cristóbal de Vergara, apellido establecido en Guía después de la conquista y posiblemente poseedor de aquellas tierras), desde donde avistadas las torres de la iglesia pedirle por la fe que profesaban el milagro a la Virgen de Guía. Así de sencillo es el relato que desde hace casi doscientos años hemos venido recibiendo de nuestros mayores: de abuelos a padres y de padres a hijos. Y en este punto se produjo el milagro, sigue relatando la tradición. Solo confiaban en la lluvia para acabar con el cigarrón africano. Confiaban en la Señora. Y el milagro se produjo. Se cuenta que fue tanta la lluvia producida que los feroces y diminutos animales fueron cayendo abatidos por el agua. Después el jolgorio; la alegría porque acabada el torrencial diluvio siguieron hasta el pueblo, Cuesta Caraballo abajo, pasando por San Roque hasta llegar a la Plaza pidiendo al cura que sacara la imagen para acompañarla en procesión y exteriorizar la gratitud. Después la promesa: cada año bajarían hasta el pueblo, portando ramas de árboles con sus frutos, para agradecer a la Virgen el milagro. A partir de aquel momento cada año lo hicieron y lo hacen. Así nació la tradición y la fiesta votiva que el próximo domingo se renueva.

Dejemos atrás la tradición para acercarnos documentalmente a más que posibles orígenes de nuestra entrañable fiesta, sobre la que solo conocemos un testimonio escrito. A falta de otras aportaciones fehacientes rescatemos, una vez más, la única referencia escrita tantas veces citada: la descubierta carta en el archivo parroquia de Guía que el párroco Juan Suárez de Aguilar hizo llegar al obispo Manuel Verdugo que se encontraba en el palacio episcopal de Teror fechada el 4 de mayo de 1812 en la que se queja del mal momento económico por el que atraviesa la parroquia y le escribe: “qué podré decir yo que no sea notorio a Vuestra Señoría Ilustrísima. Las continuas exacciones pecuniarias para adorno y reparos del templo; la epidemia que acaba de sufrir este vecindario; la langosta que arrasó con la esperanza de muchos años la han constituido en el doloroso estado de no poder pensar en mas que en su mísera conservación”. Cuando habla de la epidemia se refiere el párroco a la de fiebre amarilla que sufrió la isla entre 1810 y 1811 a consecuencia de la cual

fallecieron en Guía 122 hombres y 145 mujeres, en total 267 personas, de las que 27 fueron niños de corta edad. Adviértase también la especial mención que hace el cura a la plaga de langosta que debió ser tan tremenda de la que dice “que arrasó con la esperanza de muchos...” Las consecuencias de la plaga de aquel año debió ser tan notoria que incluso domingo J. Navarro en sus Recuerdos de un Noventón” se refiere al “nuevo castigo que supuso en el verano de 1811 otra plaga terrible de langosta”.

Si es cierto que sobre los orígenes sobre la plaga que propició el nacimiento de Las Marías quedan en la nebulosa, parece no ser tan oscuros los que se refieren a las fechas de la celebración de la fiesta votiva anual porque si hay alguna referencias, aunque algo vagas, en el archivo municipal recogidas por Sergio Aguiar, del que es responsable, en un artículo publicado en 2002, donde se refiere a esta manifestación religiosa al señalar que desde su implantación, atribuida por nosotros a 1811, se han elegido variados meses de cada año según ha podido entender: por ejemplo, se celebró la fiesta en octubre en los años 1844, 1848, 1857, 1877, 1880, 1882, 1883, 1893, 1895, 1907, 1914, 1915 y 1916; en el mes de diciembre en 1901, 1913, y 1918, y a partir de 1930 hasta nuestros días los mayordomos deciden su celebración el tercer domingo de cada mes de septiembre.

La fiesta de Las Marías ha sido, incluso, protagonista del cancionero popular. Porque se conocen romances de autores anónimos donde se refieren a la plaga y a la lluvia que acabó con el cigarrón y a la promesa anual a partir de entonces como es el caso del que nos dio a conocer en 1983 Manuel de Quintana, del pago de Verdejo, que contaba entonces lo había recogido de su abuelo y éste de sus antepasados.

Sobre Las Marías, por nuestra parte, no hay nada mas que decir porque, repito, todos sabemos la el origen y la razón de esta, para todos nosotros, entrañable fiesta que propició que a partir de su implantación gocemos de una nueva veneración procesional de la Santísima imagen, después de la de su fiesta principal en cada mes de agosto. Y, como recordaba hace unas semanas en otro artículo publicado, también se la procesionaba hace ya muchísimos años en la fiesta de la Candelaria, advocación mariana que tuvo antes de que los Riveroles la donaran para convertirla a principios de 1600 en Virgen de Guía.

Septiembre de 2010.